

**LA MUJER DEL
JUEZ**
JANE GARDAM



Jane Gardam

LA MUJER DEL JUEZ



para David

B/body>

PRIMERA PARTE

Matrimonio

1

Existe una idílica región de Inglaterra conocida como los Donheads. Se trata de un entramado de pueblecitos comunicados por sinuosas carreteras rurales e identificados con nombres de santos: Donhead St. Mary, Donhead St. Andrew, Donhead St. James y, entre varios otros, Donhead St. Ague.

Esta comunión de santos sorprende a veces al recién llegado, si no es religioso y no los relaciona con nombres de iglesias de pueblo. Algunos sí lo hacen, puesto que aquí las viejas familias tienen un marcado cariz católico romano. Es pura campiña inglesa. Los de fuera llaman a los Donheads «la región de Thomas Hardy», y así los describen los agentes inmobiliarios que venden a los ricos las casas viejas de los pobres.

Pero no es del todo preciso, porque Hardy vivió bastante más hacia el sudoeste. El único poeta célebre por visitar un Donhead parece haber sido Samuel Taylor Coleridge, que acudió a ver a un intelectual de cierta posición, pero sólo se quedó una noche. Tal vez por la humedad. El Donhead conocido como Ague no parece relacionado con ningún santo, y se cree que se trata de una arcaica broma local. Aun así, es el pueblo más atractivo, el más bonito y sin duda el más apartado, inmerso en kilómetros de frondosos bosques, con caminos plagados de flores. Las pequeñas granjas han desaparecido, así como las ajetreadas cooperativas. Las carreteras son demasiado estrechas para la maqui-

naria agrícola moderna, hecha para campos más abiertos. Los fines de semana llegan los ricos de Londres en enormes coches llenos de provisiones compradas en mercados de agricultores metropolitanos. Estas personas hacen pocos amigos en sus segundas viviendas, a menos que estén relacionadas con las grandes casas que todavía se yerguen silenciosas en sus parques y aún tienen mayordomo, y que ahora son propiedad de celebridades normalmente ausentes. No hay ningún entretenimiento para la juventud.

Lo cual hace atractivo el lugar para los profesionales jubilados que tuvieron el tino de comprar una propiedad hace años. Sus hijos intentan disimular su miedo a que los achaques de la edad terminen por obligar a ingresar en residencias a estos ancianos, y que Hacienda se lance como un halcón sobre sus casas.

En Donhead St. Ague hay un abrupto sendero de tierra, demasiado rústico para llamarlo camino, a la izquierda de la colina del pueblo. Casi enseguida se bifurca en distintas ramas: a la izquierda, a la derecha, hacia arriba y hacia abajo. Al final del carril de la izquierda, cuesta abajo, se alza la vieja casa de labranza, excelentemente modernizada, de sir Edward Feathers, distinguido jurista jubilado que lleva años viviendo allí en paz. Su mujer, Elisabeth —Betty—, murió mientras plantaba tulipanes junto a una vieja tapia roja. La casa, medio oculta, le da la espalda al pueblo y mira hacia la línea del horizonte y un antiguo círculo de árboles en una colina. El camino de la derecha gira y asciende en la otra dirección para perderse entre pinos. Detrás del recodo, más arriba, hay una extensión de grava amarillenta y una casa de ladrillos granate. Disfruta de la misma espléndida vista que la propiedad de Eddie Feathers, situada más abajo, excepto por un impedimento: la enorme chimenea de Feathers, que parece más vieja que la casa y está calificada con una estrella en la lista de glorias históricas de la zona. Tal vez otrora el edificio fue una panadería. Los habitantes de

la fea residencia de arriba tienen que asomarse a un lado de la chimenea para ver el atardecer.

No obstante, en esa casa lleva viviendo la misma gente largos años, y son de temperamento sereno. La vivienda se ha convertido en una especie de retiro campestre para los ancianos miembros de una familia de granjeros que nunca se relacionan con nadie. Y los granjeros rara vez se dedican a contemplar el paisaje. Éstos, por lo menos, nunca se han quejado.

Un día, sin embargo, desaparecen. Coches, furgonetas y «miembros de la familia» se los llevan a todos y dejan a Eddie Feathers disfrutando de las vistas él solo. Le resulta irritante que ninguno se haya despedido siquiera, y eso que durante veinte años jamás ha pasado de saludarlos con un movimiento de la cabeza cuando a veces se cruzaba con ellos en la carretera. Se pregunta quiénes serán los nuevos vecinos, pero tampoco le da muchas vueltas.

El pueblo también especula. Alguien ha visto anunciada la espantosa casa en el *Country Life* por un precio exorbitante. En la fotografía semeja un palacio de cuento, con sus torrecillas. Y ni rastro de la chimenea.

Pero nadie va a verla durante algún tiempo. Abajo, junto a la carretera, una inmobiliaria londinense planta un elegante cartel que hace bufar a Feathers, no sólo por la vulgaridad de anunciar una casa en los Donheads, y más en St. Ague, sino porque alguien podría llegar a pensar que la casa en venta es la suya.

Pasaron semanas y meses. El camino de la derecha se pobló de malas hierbas. Alguien comentó haber visto algo raro allí una mañana temprano. Un enano en el sendero. Pero ningún nuevo propietario.

—¿Un enano?

—Bueno, eso dijo el chico de los periódicos. Cuando fue a dejar el ejemplar de sir Edward en la tu-

bería esa. A las siete de la mañana. Claro que el pobre ya no es lo que era. —El chico de los periódicos tenía setenta años.

—Ya no hay enanos. Han encontrado una cura.

—Pues era un enano —insistió el cartero—. Con un sombrero enorme.

2

Algo más de medio siglo antes, cuando las vacas todavía deambulaban por los caminos de los Donheads y las gallinas se aposentaban en mitad de las carreteras, cuando había herreros y la tienda del pueblo era el centro del mundo, cuando la mayoría de la gente nunca había ido más allá de Shaftesbury a menos que hubiera marchado a la guerra, una joven inglesa, sentada en la habitación de un hotel de segunda clase en Hong Kong, se apretaba una carta contra la cara.

—Ah —suspiraba—. Sí. ¡Ay, sí! —le decía a la carta—. ¡Ay, sí! ¡Desde luego que sí! —Y todo su rostro era una amplia sonrisa.

Y galh="0em" más o menos en ese mismo momento, aunque por supuesto en Oriente era el día anterior, una extraña pareja esperaba el vuelo con destino a Hong Kong en el reluciente nuevo aeropuerto de Londres (ahora llamado Heathrow), en Inglaterra (ahora llamada misteriosamente Reino Unido). Uno de los dos, casi en la flor de la vida —apenas pasaba de los treinta—, era inglés y muy alto, y llevaba un traje a medida ligeramente anticuado y zapatos comprados en Piccadilly (en St. James's Street). Era un hombre de natural distinción, y si hubiera llevado sombrero cualquiera habría creído estar viendo un fantasma. Daba la impresión de haber nacido en una Inglaterra de otra época.

Su acompañante era un chino enano.

En cualquier caso, así lo describían los abogados del Colegio Inglés. El alto era un letrado de categoría, un joven miembro del Inner Temple del que ya se hablaba con respeto. El enano era un abogado de menor rango, pero de reputación internacional, chino tan sólo en teoría. Prefería ser considerado un hakkar, la antigua tribu de piel rubicunda de gitanos orientales. Lo trataban incluso con mayor respeto que al letrado —que era, por supuesto, Edward Feathers, quien pronto sería conocido como «el viejo Filth» (acrónimo de «Failed In London Try Hong Kong», es decir, «Si fracasas en Londres, prueba suerte en Hong Kong») — porque tenía a su disposición una mina de oro en litigios por todo el mundo, dondequiera que rigiese la ley inglesa. El enano sabía reconocer a un ganador.

Su nombre era Albert Loss. Bueno, Albert Ross, pero le resultaba difícil pronunciar la erre inicial con su inglés, por lo demás perfecto. Esto lo irritaba, puesto que Loss significa «perder», y no era pues un nombre que pudiera animar mucho a los clientes. Sostenía haber ido a Eton, pero hasta para Feathers sus orígenes eran brumosos. El enano situaba el nombre de Ross lo más cerca posible de la nobleza escocesa, y apuntaba al castillo de Glamis y la caza de ciervos por las cañadas. A veces se lo llamaba jovialmente «Albatros», y de ahí «Coleridge» o «Viejo Marino», a lo que él respondía con una inclinación de cabeza. Era de una vanidad extrema. Para Eddie Feathers había sido, desde los dieciséis años, un maravilloso y adusto amigo.

Bajo la cintura, oculta ahora por la mesa del vestíbulo de primera clase del aeropuerto en la que jugaba al solitario, el robusto torso de Ross se encogía en unas tristes piernecillas y unos pies muy anchos calzados con sandalias ortopédicas Dr. Scholl. Las piernas sugerían un desafortunado nacimiento y una enfermiza niñez. Nadie averiguó jamás si así fue.

Como un rey o un príncipe, no llevaba reloj. Durante la guerra, mientras las bombas caían a su alrededor en un muelle de Ceilán, Ross había decidido escapar de allí, y entonces Eddie Feathers le había regalado su más preciada posesión, un reloj que había pertenecido a su padre. El reloj, por supuesto, había desaparecido hacía mucho, seguramente canjeado por comida, pero jamás había sido olvidado ni reemplazado.

Hoy y todos los días, en la cabeza de Ross se asentaba un sombrero de fieltro de la talla 10, también de St. James's Street. Junto a los pies de ambos había dos maletines de cuero con las iniciales de Eddie Feathers grabadas en oro. Era la clase de equipaje que envejecería junto con su propietario mientras éste llegaba a ser letrado de la Corona, juez, magistrado del Tribunal Supremo, tal vez juez de la Cámara de los Lores, incluso tesorero de la Reina, y posiblemente Dios.

Feathers merecería ese éxito. Era un hombre agradable, meticulosamente bueno, diligente y listo. Había crecido en Malaya, querido sólo por los criados. Se había convertido en un huérfano del Imperio y había sido acogido (desastrosamente) en Gales. Lo habían metido en un internado, había perdido amigos en la Batalla de Inglaterra, uno de los cuales significaba para él más que cualquier familiar, aunque jamás lo mencionaba. Fue enviado de vuelta a Oriente como refugiado y conoció a Ross a bordo de un destartado barco, para luego perderlo de vista. Eddie volvió a Inglaterra arruinado y enfermo, y tras una espantosa época estudiando Derecho en Oxford, trabajó en un puesto muy inferior a sus méritos, en el pasillo trasero de un gélido bufete dickensiano en Lincoln's Inn (después de que las bombas redujeran a escombros el Temple). La reaparición de Ross lo catapultó a la gloria. Ross se había convertido en un abogado que llevaba una nutrida cartera de casos orientales, una verdadera mina de oro.

Dirigido por Ross, Eddie comenzó a especializarse en indemnizaciones por daños provocados por los bombardeos, luego en litigios de la construcción. Casi de inmediato Ross lo tuvo vestido con trajes buenos y volando por el mundo camino de convertirse en el emperador (como se dice a veces) de la Industria de la Construcción. En Extremo Oriente, donde comenzó el boom de los rascacielos.

Y ahora, durante los difíciles años de posguerra, bajo el mandato de Attlee, Eddie era un recurrente tema de conversación entre los magistrados durante las cenas del Colegio de Abogados, mientras masticaban sus filetes de ballena. La mayoría tenía poca cosa más de que ocuparse. Los litigios, a principios de los años cincuenta, eran tan escasos como el suicidio en tiempo de guerra.

Pero no sentían una gran envidia. La Industria de la Construcción no es glamourosa como la Difamación, el Libelo o el Crimen. Se suponía que era algo fácil, a diferencia de Transportes Marítimos o la Cancillería. De hecho, se parece peligrosamente a Ingeniería, algo siempre despreciado en Inglaterra y a lo que se alude como Desagües y Alcantarillas. ¿De ahí el nombre de Filth, que significa «mugre»? No, no viene de ahí. Filth era un mote totalmente afectuoso. Eddie, o Filth, que siempre parecía recién salido de la ducha de un hotel de cinco estrellas, era un hombre immaculado en cuerpo y alma. Bueno, casi. La gente se llevaba bien con él, siempre de lejos, naturalmente, a lo inglés. Al no sentir él mismo envidia alguna, tampoco la inspiraba. Y las mujeres...

Ah, las mujeres. Bueno, las mujeres se sentían intrigadas. No había en Filth afectación alguna, y poseía atractivo sexual. A veces podía fijarse en una u otra, pero con ninguna surgía nada. Carecía de compromisos presentes y no había nadie que pudiera oírlo hablar en sueños en el apasionado malayo de su infancia.

Su memoria era tan misteriosa y privada como la de cualquiera. Él sólo sabía que su competencia y su felicidad alcanzaban su cénit bajo el sol de Extremo Oriente, el estruendo y las sacudidas de los monzones, la resaca, el susurro y el rugido de mares calientes en orillas de arenas blancas. Fue en Oriente donde ganó la mayor parte de sus casos.

Su única amenaza era otro abogado inglés, algo más joven y totalmente distinto: un hombre que no hablaba más idioma que el inglés, tenía una licenciatura en Ingeniería y una especie de diploma en Derecho de una universidad técnica de Middlesbrough, a menudo llamada «escuela nocturna». Era osado, feo e imparable, y hacía gala de una alegría desbordante que un alto número de mujeres y muchos hombres encontraban irresistible. Se llamaba Terry Veneering.

Terry Veneering iba a ser su oponente en el caso que Edward Feathers estaba a punto de litigar en Hong Kong. No obstante, viajaba en otro avión, o tal vez ya se encontraba allí, porque tenía una esposa china. Eddie estaba convirtiéndose en un experto en olvidar a su detestado rival, y ahora, en el vestíbulo del aeropuerto, se concentraba en su asistente, Ross, que barajaba unos naipes, cortaba, repartía y de vez en cuando los lanzaba al aire en un arco para recogerlos limpiamente en su caída. Ross estaba llamando la atención.

—Deberías dejar de hacer eso —dijo Filth—. La gente se está irritando.

—Eso es porque no saben hacerlo —replicó Ross—. Es un don.

—Ya andabas trasteando con las cartas el día que te conocí. ¿Por qué no te aficionas a la calceta?

—En Hong Kong no hacen falta jerséis de punto. ¿Jugamos a encontrar la dama?

—No quiero encontrar la maldita dama. ¿Qué ocurre con el condenado avión? ¿Es que le ha pasado algo? Aquí no informan de nada.

—No creo que le haya pasado nada. Es un último modelo, con grandes ventanillas cuadradas.

—Estupendo. Sólo que no parece funcionar. Los antiguos iban mejor el año pasado. Con sus ruidos y renqueos, los tornillos sueltos y los de mantenimiento levantando las moquetas. Pero siempre llegábamos.

—Nos llaman —dijo Ross.

Hizo un fajo con las cartas, lo metió en una bolsa y con gesto de prestidigitador cogió los dos maletines y enfiló hacia los ascensores. Visto desde arriba parecía un sombrero andante.

Filth lo siguió con su bastón y el *Daily Telegraph*. En la escalerilla del avión, Ross, como era apropiado, se hizo a un lado para que el letrado pasara primero. En el interior, Filth fue recibido con reverencias y de inmediato lo dirigieron hacia la primera clase. A Ross, que cojeaba detrás con sus Dr. Scholl, le pidieron que dejara el equipaje de mano y le mostraron su número de asiento.

Pero fue Ross quien se aseguró de que los maletines quedaran bien colocados y quien cambió los asientos por unos que pudieran dar cabida a las largas piernas de Filth, puesto que el avión iba, como siempre, medio vacío; y fue Ross quien pidió que colgaran la chaqueta de Filth en un armario, se negó a quitarse el sombrero y exigió que volvieran a llenarle la copa de champán de bienvenida.

Por fin se arrellanaron en los asientos y contemplaron Inglaterra galopar hacia atrás, luego la deliciosa sacudida hacia arriba, atravesando el cielo gris hasta el soleado azul.

—Este champán es de segunda —protestó Ross—. Lo he tomado mejor en Puerto Rico.

—Habrá una buena cena. Y un vino excelente. ¿Y tu sombrero?

Ross se lo quitó con ambas manos y lo dejó sobre su bandeja.

Una azafata se acercó.

—¿Quiere que me lo lleve, señor?

—No, me lo quedo yo.

Al cabo de un rato lo dejó a sus pies.

Avanzaba ya por el pasillo el carrito de la cena, con su sabroso plato de cordero asado. Sobre los almidonados paños de las bandejas se colocaron cubiertos de plata (plata auténtica, según advirtió Ross al dar la vuelta al tenedor para observar el sello). Un cuchillo de trinchar lanzó un destello. Apareció un Côtes-du-Rhône.

—Albatros, ¿te acuerdas de alacuerdas I *Breath o'Dunoon*? —preguntó Filth—. ¿Recuerdas el engrudo que preparaste, lleno de escarabajos a modo de pasas?

Ross se quedó meditabundo.

—Me acuerdo del primer oficial. Dijo que iba a darme una paliza en el comedor. Y quería dármela, pero al final lo gané yo.

—Fue un milagro que no nos torpedearan.

—Yo pensaba que sí nos habían torpedeado. Aunque, claro, a mí me han torpedeado tantas veces que...

—¡Bueno, bueno! —rugió Filth en dirección al cordero asado. Solía rugir ante cualquier agitación emocional, el último vestigio de la terrible tartamudez de su infancia en Gales—. No empieces con los torpedos.

—Por ejemplo, en el mar de Timor. Un destrozo de...

Pero la carne, las verduras y la gelatina de grosella habían llegado, y se dedicaron a comer, reflexionando sobre esto y aquello, el robusto mentón de Ross a pocos centímetros de su plato.

—Te comiste treinta y seis plátanos —comentó—. En la playa de Freetown. Fue asqueroso.

—Eran plátanos pequeños. Este cordero está exquisito.